

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 192

Tengo una función que Dios quiere que desempeñe.

Comentario de Sarah:

Jesús dice que no podemos ni siquiera empezar a entender el Cielo donde nuestro Ser Sagrado es tan puro como Dios Mismo, **“extendiendo amor y creando en su Nombre, por siempre uno con Dios y con tu Ser.”** (L.192.1.1) Esto no lo experimentamos ahora. Nuestra verdadera Identidad no puede ser conocida aquí, pero podemos experimentar su reflejo a través del perdón. El perdón refleja el amor de Dios en este mundo y, por tanto, **“Tengo una función que Dios quiere que desempeñe”**. (L.192)

Jesús sabe que **“en un mundo de envidia, odio y ataque”** (L.192.1.2) no podemos entender la función celestial de crear y extender. **“Lo que la creación es no puede ni siquiera concebirse en el mundo. No tiene sentido aquí.”** (L.192.3.1-2) Lo mejor que podemos hacer es reflejarla ofreciendo el perdón **“en el mundo de acuerdo con sus propias normas”**. (L.192.2.1) El perdón es el **“medio por el que se puede erradicar lo que no es verdad.”** (L.192.2.4) y, por tanto, estamos llamados a llevar a cabo esta función aquí. No es necesario en el Cielo, donde todo es perfecto, pero sí donde creemos que estamos como cuerpos, aparentemente viviendo en el mundo. Deshacer lo que no es verdad es la única manera de restaurar la memoria de lo que somos.

Con la ayuda del Espíritu Santo, podemos despertar de la ilusión y experimentar lo que el Curso llama el sueño feliz. **“Lo que Él [el Espíritu Santo] hace es forjar sueños, pero de una clase tan similar al acto de despertar que la luz del día ya refulge en ellos, y los ojos que ya empiezan a abrirse contemplan los felices panoramas que esos sueños les ofrecen.”** (L.192.3.6) Este viaje que emprendemos hacia el mundo real será difícil al principio y conllevará muchos conflictos mientras mantengamos dos sistemas de pensamiento mutuamente excluyentes. Una vez que nos adentramos en este camino, experimentamos la mente dividida de forma más aguda y puede haber más confusión.

Cada vez más vemos que todo lo que hemos hecho es falso, y esto se experimenta mayormente como algo doloroso. La mente escindida ha fabricado el mundo físico con un solo propósito: escapar de la culpa en la mente y proyectarla en el mundo. Como se dijo en la Lección 161, **“Así fue como surgió lo concreto.”** (L.161.3.1) Necesitamos cuerpos sobre los que proyectar nuestro odio. Esto se aplica a nuestro cuerpo y a los de otros que amamos odiar. Ahora atacamos y justificamos el ataque y la ira. Pensamos que esto nos mantiene inocentes y merecedores del Cielo, mientras que nuestros hermanos "malvados" pueden pagar el coste de nuestro pecado. Así pensamos que podemos comprar nuestra inocencia viendo a otros culpables. Pero ahora estamos llamados a utilizar esas relaciones específicas para sanar. **“Y ahora son las cosas concretas las que tenemos que usar en nuestras prácticas.”** (L.161.3.2)

Jesús nos recuerda constantemente que el mundo del ego es la pesadilla, mientras que el mundo que vemos con el Espíritu Santo es el sueño feliz que precede a nuestra experiencia del Cielo. El medio por el que podemos experimentar el sueño feliz es a través del perdón. En última instancia, el perdón no consiste sólo en soltar los resentimientos, sino también en dejar a un lado **“los pensamientos acerca de lo que tú eres y de lo que Dios es; todos los conceptos que hayas aprendido acerca del mundo; todas las imágenes que tienes acerca de ti mismo.”** (L.189.7.1) El perdón consiste en dejar ir todo lo que pensamos que es **“verdadero o falso, bueno o malo.”** (L.189.7.2) Dejamos ir nuestra vergüenza y nuestra culpa, todo lo que hemos creído sobre el pasado, y todas las creencias. Eso es lo que implica el perdón. Es un proceso que facilita nuestra transición del mundo de la percepción del ego al mundo del sueño feliz. Nuestras perspectivas del mundo son reemplazadas por lo que el Espíritu Santo quiere que veamos. Hacemos esto al no mantener ningún pensamiento oculto a la luz de la curación. Jesús nos pide que no ocultemos nada, porque sólo llevando nuestros pensamientos a la verdad pueden ser sanados. La energía que ponemos para defendernos de la verdad de lo que somos es enorme. ¿Qué tan dispuesto estás a dejar ir esos pensamientos que no perdonan? Mientras justifiquemos por qué debemos sentirnos de la manera que lo hacemos, nos aferramos a nuestras perspectivas y las utilizamos para justificar nuestros sentimientos y nuestros ataques a los demás. La única manera de dejarlos ir es con *voluntad*; nada más, pero nada menos.

Me encanta la cita de Anthony Greenwald, un psicólogo social contemporáneo, que dice: "El ego es un historiador que se justifica a sí mismo y que sólo busca la información que está de acuerdo con él, reescribe la historia cuando lo necesita y ni siquiera ve las pruebas que lo amenazan." Puedo identificarme con esto, ya que veo en mi propia vida cómo justifico por qué soy de una determinada manera al contar mi historia del pasado sin revelar todos los detalles con total honestidad. Así es como el ego se mantiene. La completa honestidad desmantela el ego.

Ayer dije algo poco amable a Don. Fue algo sutil, así que no me di cuenta inmediatamente de que mi comentario podía ser hiriente. Pero me sentí incómoda y examiné más profundamente mi intención. Reconocí que bajo mi comentario se ocultaba un resentimiento mayor. Aunque estaba dispuesta a admitir mi error ante mí misma, el orgullo me impedía querer decirle nada para desvelar la naturaleza de mis pensamientos. Puede ser difícil atravesar la barrera del orgullo; sin embargo, para mí, cuando confesé mi error, sentí que había dado un paso más en el desmantelamiento del ego. ¡El ego no soy yo! Cuando estoy dispuesta a mirarlo con honestidad, sin justificar mi perspectiva, se disuelve literalmente.

El perdón cambia nuestra percepción de varias maneras. Deja el mundo limpio de los símbolos sin sentido que le hemos dado. Pone fin a la culpa y supera el miedo a la muerte. Nos ayuda a ver nuestro cuerpo como un simple recurso de enseñanza que será dejado a un lado cuando el aprendizaje esté completo. El cuerpo no es nuestro hogar; somos una mente sin el cuerpo. El cuerpo es una proyección de la mente. **“La mente no puede cometer errores sin un cuerpo.”** (L.192.5.1) Y por supuesto, el error que hemos cometido es creer que somos un cuerpo que puede sufrir ataques y morir. La paz de Dios se nos devuelve a través del perdón, y con él tomamos conciencia de nuestra santidad. (L.192.4.1-7)

La atracción de la muerte, cubierta con el miedo a la muerte, es la base de la negación de nuestra Identidad como Hijo de Dios. Sólo a través del perdón se pueden superar tanto la atracción como el miedo. Cuando se deshace la culpa, también se deshace el miedo al castigo de Dios. El máximo castigo que tememos es la muerte. Nuestra creencia en la muerte se deshace cuando se deshace la culpa, ya que sin culpa no hay más miedo. Nos liberamos de la idea de que necesitamos un cuerpo y un mundo como lugar para escondernos del castigo de Dios. El perdón nos devuelve de la

identificación con el cuerpo a la identificación con la mente y así restaura **“la paz que Dios dispuso para Su santo Hijo.”** (L.192.5.6) Podemos ver por qué el perdón es el núcleo de la enseñanza porque es la única manera de persuadirnos de volver a mirar nuestra santidad. (L.192.5.7)

Cuando dejamos ir nuestra identidad como ego, soltamos también nuestra ira. En el mundo de la forma, estamos constantemente en competencia. Toda gira en torno al principio de "uno o el otro". En otras palabras, creo que tú debes perder para que yo gane. Esa es la naturaleza de la relación especial. La ira es una condición de este mundo de los cuerpos porque siempre tenemos que comprometernos, dejar de lado lo que queremos para mantener la relación. Es una inversión en tener razón sobre lo que pensamos que somos como individuos separados. Ahora usamos la razón para **“justificar nuestra furia y nuestros ataques.”** (L.192.7.2) Estamos invertidos en lo que en realidad no existe en absoluto. Nuestra comprensión de todo está severamente limitada. **“Nos encontramos perdidos en las brumas de sueños cambiantes y pensamientos temibles, con los ojos herméticamente cerrados para no ver la luz, y las mentes ocupadas en rendir culto a lo que no está ahí.”** (L.192.7.4) Mientras aprisionamos a los demás con nuestras exigencias, requerimientos, expectativas, necesidades, carencias y, en última instancia, con nuestra ira, no somos libres. Nosotros somos los perjudicados por los juicios, aunque pensemos que ellos están siendo castigados por el odio y la culpa que vertemos sobre ellos. Sólo a través del perdón nos liberamos de esta esclavitud. **“Por lo tanto, no mantengas a nadie prisionero. Libera en vez de aprisionar, pues de esa manera tú quedas libre.”** (L.192.9.1-2)

Si no dejamos a la gente libre de culpa por lo que aparentemente nos han hecho, permaneceremos con ellos como su carcelero. Exigimos que permanezcan en la cárcel en la que los hemos metido, para que cumplan su condena por lo que consideramos que nos han hecho. Ahora estamos atados a ellos porque debemos asegurarnos de que paguen por sus pecados contra nosotros y no se escapen del castigo que les hemos impuesto. A algunos de ellos los hemos mantenido en esa celda durante mucho tiempo. No hay escapatoria en este escenario en el que debemos seguir siendo el carcelero. ¿Puedes ver cómo nos mantenemos encarcelados y cómo nuestra propia mente está condenada con ellos? Cuando estás enfadado y mantienes a tu hermano en la prisión de tu odio, no eres consciente de cómo eres tú el que está encarcelado por ese odio. Esto se ilustra muy bien en una película que vi hace poco, titulada “The Secret in Their Eyes” (El secreto de una obsesión), en la que un investigador de un tribunal penal es atormentado por un caso de violación y asesinato no resuelto desde hace veinticinco años. Su búsqueda de la verdad le sitúa en el centro de una pesadilla judicial, donde el misterio se desarrolla en el presente y mantiene a todo el mundo cautivado. Sólo a través del perdón podemos liberar a quienes hemos atado y, por tanto, a nosotros mismos. Tenemos esa opción y tenemos ese poder.

Hace unos años, sufrí una caída accidental en un suelo resbaladizo de una tienda de comestibles que me provocó la rotura de la nariz, pero, lo que es más importante, tuve muchos dientes rotos. Los gastos dentales fueron enormes. La tienda no estaba dispuesta a asumir ninguna responsabilidad por la caída, así que consulté a un abogado para intentar recuperar parte de los gastos. El abogado indicó que esta cadena de supermercados en particular rara vez llegaba a un acuerdo sobre las reclamaciones. Varios de sus clientes habían luchado durante años en los tribunales. Incluso cuando un cliente ganaba el acuerdo, la cadena de supermercados apelaba la decisión. No obstante, me instó a seguir adelante con la reclamación. Consideré los años de acción judicial y la forma en que me mantendría encadenada a mis resentimientos contra la tienda y decidí que mi paz valía más que un acuerdo que podría tardar años en llegar.

“Así pues, todo aquel que aparentemente te tienta a sentir ira representa tu salvador de la prisión de la muerte.” (L.192.9.6) Estas mismas personas que parecen causarnos dolor están en realidad ahí para ayudarnos a ver lo que está sin sanar en nosotros. Estamos llamados a perdonarlas, para poder liberarnos del mundo del ego. Son personas que no sólo parecen ser nuestros "enemigos", sino que son las personas de nuestra vida a las que parece que amamos, pero que nos irritan y frustran a diario. En cada situación en la que se despiertan este tipo de sentimientos, tenemos una elección. ¿Aprovecharemos la situación como una oportunidad para escapar de esta prisión y liberarnos, o nos convertiremos en el carcelero y el encarcelado? Tenemos la oportunidad de liberarnos de nuestra propia mente torturada cada vez que sentimos una punzada de ira. Por lo tanto, les debemos nuestro agradecimiento por estar en nuestras vidas. No tenemos que estar agradecidos por su comportamiento, sino sólo por la oportunidad que estas situaciones nos brindan de ver lo que no está curado en nuestras propias mentes.

Justificamos nuestra ira, pero sólo nos hace daño. **“Cada vez que sientas una punzada de cólera, reconoce que sostienes una espada sobre tu cabeza. Y ésta te atravesará o no, dependiendo de si eliges estar condenado o ser libre.”** (L.192.9.4-5) ¿Atacaríamos a alguien si realmente creyéramos que sólo nos atacamos a nosotros mismos? Es poco probable que en la actualidad podamos pasar un día sin algún enfado o incluso una leve molestia, pero, esto no es un motivo de culpabilidad. Podemos utilizar estas situaciones para darnos cuenta de que nos estamos alejando de la paz del Cielo. Nos equivocamos si pensamos que podemos atacar y mantenernos a salvo de que ese ataque nos rebote en el mismo instante. Cuando atacamos a alguien, nos excluimos a nosotros mismos de la dicha y la paz disponibles todo el tiempo. El ataque puede adoptar muchas formas, algunas de las cuales pueden ser muy sutiles, pero igualmente perturbadoras para nuestra paz mental. Cada juicio que albergamos en nuestra mente es un juicio contra nosotros mismos y nos hará daño.

Cada vez más, a medida que hacemos el trabajo de curación, reconocemos nuestra invulnerabilidad. No podemos ser heridos porque nuestra realidad no son estos cuerpos ni personalidades. La creencia de que nos pueden hacer daño es la creencia en una imagen de nosotros mismos que hemos hecho y que intentamos proteger y defender, pero no es la verdad de lo que somos. Cuando abrazamos plenamente la verdad, conocemos nuestra invulnerabilidad porque se nos revela nuestra realidad. Cuando la ira desaparece y el dolor se disipa de nuestras mentes enfermas y torturadas (L.192.6.1) mediante el perdón, experimentamos nuestra inocencia.

Hoy se nos pide que miremos a quien creemos que tiene una deuda con nosotros por lo que creemos que nos ha hecho. ¿A quiénes mantenemos enganchados por esta deuda y así nos mantenemos presos con ellos? Hoy es nuestra oportunidad de nacer de nuevo, que es simplemente nuestra liberación de nuestro infierno hecho por nosotros mismos. Cuando te sientas tentado a enfadarte hoy, date cuenta de que la espada está sobre tu propia cabeza, pero puede ser evitada en cualquier momento que elijas. El poder de elegir está en nuestra propia mente. Cuando elijas perdonar tus pensamientos sobre lo que crees que tu hermano te ha hecho, podrás salir de la prisión junto con él. Perdona a tu hermano por lo que no ha hecho, ya que lo que parece ser solo ha sido hecho en sueños. Cuando nos despertamos de esta ilusión, podemos ver que nada real ha sucedido.

Se nos pide que seamos misericordiosos hoy. (L.192.10.1) ¿Elegiremos nuestra libertad o permaneceremos en prisión? Es nuestra elección. El perdón es una función nuestra que Dios quiere que desempeñemos de buen grado. Sospecho que cada uno de nosotros tendrá oportunidades de ejercer nuestra función hoy, si es como cualquier otro día de nuestra vida. Cada hermano con el que nos encontramos está clamando por misericordia. Comprométete a mostrar

misericordia a tus hermanos hoy para poder recibirla para ti. Somos lo que nuestro hermano es: amados por Dios por igual. Los intereses de nuestros hermanos son los nuestros.

Descubro que, si me comprometo por la mañana y dedico mi día a la paz y al perdón, veo todo en mi día como un aula para aprender a ser pacífica y misericordiosa. Nada está mal. Todo es una oportunidad más para mirar mi mente. Lo que veo en cualquier persona es un reflejo de lo que veo en mí misma. Hoy es otra oportunidad para observar cuán a menudo la espada está contra mi propia garganta e investigar por qué querría esto para mí.

Nuestra única función aquí es perdonar para poder conocer nuestra Identidad como el Ser Crístico. Somos nuestro hermano, y reconocemos nuestra semejanza al soltar nuestros juicios. Nuestros juicios sobre nuestros hermanos son sólo aquellos que mantenemos contra nosotros mismos.

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca